

Gabriela Cabezón Cámara
ROMANCE DE LA NEGRA RUBIA



Lectulandia

En medio de amenazas policiales, cámaras de televisión, vuelo de inodoros, sillones y proyectiles de todo tipo, una poeta se quema a lo bonzo para resistir un desalojo. Luego se preguntará por qué no incendió a los canas en lugar de prenderse fuego a sí misma, pero para entonces, ya se habrá convertido en una santa al frente de una vanguardia y con el suficiente poder como para conseguir prácticamente cualquier cosa para su comunidad. Desde «el día del estallido» o «el sacrificio fundante», como empezaron a llamarlo, rodeados de organizaciones populares, punteros políticos y diversos grupos de artistas más o menos insurgentes y emergentes, los desalojados llamaron *instalación* a su campamento y *performance* a la vida que llevaron ahí. Hasta que el poder de la santidad y el oportunismo político los convirtió en propietarios, con papeles y todo, del mismo edificio del que habían sido echados, inaugurando una etapa de impensados logros.

Una novela al mejor estilo Cabezón Cámara, llena de desenfreno y desmesura, sobre el arte que se transforma en vida y la vida en arte, sobre la construcción del mito y el relato que sostiene a una comunidad en relación con el poder político y los medios.

Lectulandia

Gabriela Cabezón Cámara

Romance de la Negra Rubia

ePub r1.0

lenny 18.02.2019

Título original: *Romance de la Negra Rubia*

Gabriela Cabezón Cámara, 2014

Imagen de cubierta: Fotografía de la obra *Óculo*, de Marcela Astorga

Editor digital: lenny

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Romance de la Negra Rubia

La Negra Sombra

Inminencia

Cómo me hice santa

La voz de los sin voz

El estallido

La profecía

Quién lo hubiera dicho

El estallido

Construcción

La perfo

La Negra Rubia

La instalación

Postales con fisuras

El trabajo

Epílogo

Ahora

Coda

Notas sobre el sacrificio

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*Para mis padres,
Alfredo Cabezón
y Mirta Cámara*

LA NEGRA SOMBRA

Inminencia

Un azul de brillo poliestirénico y tenso, con el extremo más alto un poco abultado y punzante: el tejido basto de los pantalones milicos apretando las rodillas que quiebran veloces la gravedad, inflándole el bombo a un instante que, se sabía, explotaría en las cosas, haría esquivarlas del dominio ajeno del territorio pisado y de los cuerpos mismos de los enemigos que suelen estar, para empezar, enfrente, dominados al final o en el transcurso de la avanzada, es decir, cuando la inminencia que brilla en la tela tensa de las rodillas ya no es más que restos estallados y los que estaban enfrente ya se han resignado a ser alfombra de milico, pero antes, cuando la tela azul se tensaba abultada y punzante, cuando lo porvenir se hinchaba de sí mismo, antes y atrás, la cuerina negra de los borceguíes, más adivinada que vista: esa fue la primera imagen que tomaron con teléfonos y tabletas y cámaras la mañana de diciembre en que empezó esta historia.

Porque hay que comenzar a contar por algún punto y podría ser cualquiera: el mismo Génesis con árbol, prohibición, serpiente, mordida y hombre y mujer en pelotas, avergonzados y sollozantes huyendo de la ira de Dios a ganarse el pan con el sudor de su frente y a parir con dolor, o incluso antes del Génesis se podría empezar porque el judeocristianismo será el principio de algo pero no de todo y para cuando empezó ya habían expulsado de otro edén al primer hombre de los brahmanes por comer de otro árbol y, en la Persia de Zoroastro, a otro primero, por mentir y así, cada pueblito con su paradisito perdido y su principio de principios. Las rodillas antes que las gorras y que las armas y que las caras, por ponerle algún punto de inicio también a la cronología del desalojo que se superpone, en parte, con la cronología de una santidad, la mía, porque de eso se trata esta historia que podría haber empezado en otra parte, por ejemplo en los espejos de los baños de las casas más o menos vecinas de cualquiera de los canas del pelotón de infantería allí presentes que seguramente se habrán afeitado y peinado y maquillado, las canas también se pintan, en su mayor parte con base y rímel y sombra celeste sobre los ojos marrones y se atan el pelo que les queda tirante siempre, ha de tener algo de marcial lo tirante. Lo primero, porque sí, es que se acercaron a negociar o, con más precisión, a ordenar el desalojo, unos diez policías con un par de tipos de traje y papeles judiciales en mano, de esos que se pretenden, y a veces son, más elocuentes que las armas porque se sabe que de esas tienen tantas, atrás de las palabras, que nunca se acaban, y entonces cuando dijeron: «Empaqueten sus cosas y salgan. Así no les va a pasar nada y les vamos a dar otras casas. Pero si no salen los sacamos nosotros y se van a vivir a una zanja», se entendía que el nosotros no era tanto por ellos como por los cien canas que estaban formados atrás de ellos en un semicírculo en el que los vecinos se veían reflejados a sí mismos junto con las espaldas de los judiciales sobre las superficies combadas de los escudos

de acrílico o de vaya a saber qué pero bruñidos como espejos negros que los uniformados llevaban con su coreografía tan viril como embarazada de desastre.

Era casi de noche todavía, las seis y media de la mañana: en casi todos los videos y las fotos se ven las caras blancas y sin relieve de los judiciales y las fugacísimas supernovas de los *flashes* fisuradas por las estrías de la superficie convexa de los escudos policiales, llenos de rayas como único relato de tanta batalla. Muertos de frío, con las camperas arriba de los pijamas, algunos en pantuflas, los delegados de los vecinos pidieron un rato para deliberar. Se los dieron. Se juntó una pequeña multitud, una asamblea en el Salón de Usos Múltiples del *hall* de entrada, que llamaban y siguen llamando Asamblea, se pusieron de acuerdo en pedir unos días para embalar y no pudieron terminar de discutir la tesis del grupo más aguerrido, que calculaba las posibilidades de una resistencia exitosa: desde los pisos más altos, con las balas que tenían, las molotovs que podrían armar y sin olvidar el aceite y el agua hirviendo que habían derrotado al ejército de la pérdida Albión unos doscientos treinta años antes. No terminaron de deliberar por el estruendo del helicóptero de la Ley, un arma cuya modernidad indiscutible explicaba en parte la victoria antigua de los porteños sobre los ingleses en 1806 y 1807 pero que ahora anunciaba la inutilidad de una resistencia desde las alturas y que no permitió debatir ni la alternativa de tirar lo mismo pero desde las ventanas para aprovechar las dificultades de disparar desde helicópteros en medio de Buenos Aires. No lograron discutir ninguna otra estrategia porque además del dominio del espacio, otra de las armas de los helicópteros es llenar de ruido ese mismo espacio que miran desde su celestial posición. Salieron y pidieron, a los gritos, un día para embalar sus cositas. Les dijeron que no. Unas horas, sí, cinco les otorgaron los judiciales y señalaron hacia los camiones jaula que empezaban a llegar y que oficiarán de empresa mudadora, como muestra de la buena voluntad del gobierno hacia los vecinos, explicaron. Yo estuve ahí, pero todo esto me lo contaron después.

Cómo me hice santa

Cuando llevaba apenas minutos en coma farmacológico, con diagnóstico de pronto deceso, y horas de clínica agonía, tuvieron los míos el indicio o la señal, y digo los míos porque me hicieron suya con certeros reflejos en segundos, los que le tomó a la tele llegar a las puertas de la Comuna. Llegaron por el fuego, bonza, antorcha humana, titulaban calientes, hinchados de placer, casi chamuscados también ellos, pero apenas pudieron filmar la ambulancia que se iba en medio del caos y describir el olor a asado raro que quedaba: «Como cualquier asado, pero más dulce», explicó uno.

Fue entonces cuando, con el fervor que provoca toda cámara, al calor de la TV y al grito de «¡tenemos una muerta, tenemos una muerta!», se hicieron míos y me hicieron suya los míos y se enardecieron más cuando alguno prendió la tele y se vieron en vivo y a los gritos y con buen criterio de *rating* le agregaron al *show* del telediario una tan armoniosa como espontánea *performance*: el arrojo de proyectiles a la policía. Les tiraron, primero, con los cascotes que quedaban de la demolición del edificio de al lado. Como un proyectil llama a otro y, cuando hay con qué, de mayor calibre, siguieron con las botellas, los platos, las sillas, los inodoros, los pinceles petrificados de pintura que cayeron como flechas. Se vio, incluso, repetida todo el día, desde diversos ángulos y en cámara lenta, la aplastante trayectoria del vuelo de un futón de algarrobo de dos plazas. La policía no se quedó atrás. A ellos también les gusta salir en la tele aunque el efecto que les genera es inverso; se ablandan con las cámaras y pasan del plomo a la goma. Al final de la contienda, entre los míos hubo cuatro caídos de caída reparable por los corchazos de caucho, dos caídos para siempre por un par de canas que no padecen el efecto cámara del mismo modo que sus compañeros y un patrullero laminado por el futón que había cortado breve pero contundente el aire de la avenida. Y unos cuarenta detenidos, esos todos del lado de los míos. Después de llenar los camiones con los revoltosos, la policía procedió al desalojo y acordonó el edificio. Alrededor, aquellos de los míos que no estaban presos ni caídos comenzaron a improvisar un campamento, pero ya al grito de «¡tenemos tres muertos, tenemos tres muertos!». Cuando alguno vio en su celular que la prensa estaba titulando así: «Dos muertos y una mujer agonizando en un desalojo», se acordaron de los créditos y agradecieron: fue «invalorable», le dijeron a las cámaras, la ayuda de la ONG El Techo Propio, que envió cientos de metros de manteles de nylon de claro origen chino y de incierto periplo internacional: nadie sabía de dónde los había sacado la ONG. Tampoco había tiempo de preguntarse nada y mucho menos de inquirir sobre la procedencia de lo necesario. Solo se acomodaron lo mejor que pudieron debajo de los manteles blancos estampados con flores rojas y doradas y cuando el último, el más lento, el más frágil de los míos logró por fin sus metros cuadrados de mantel, estalló la tormenta. Alguien leyó en eso el comienzo del

milagro pero fue una lectura posterior en varios días a los hechos que relato. Esa noche, cuando vio que «la tormenta esperó» hasta que el más pequeño de los míos «tuviera un techo para estallar», uno de los movileros de la tele atinó a balbucear: «Dentro de todo, es una desgracia con suerte». Y nadie lo contradijo.

La voz de los sin voz

Se sabe: las cosas se caen para abajo, el agua moja y la luz viaja más rápido que el ruido: con esa fuerza, la de la naturaleza, los muertos, porque todo concluye al fin y los casos de represión conllevan muchas veces el más definitivo de los finales para una parte o todos los reprimidos, llaman a los medios como si tuvieran voz. En las horas siguientes, atraídas así, como un satélite por la Tierra, como un oso por la miel, como un cuervo por las entrañas de otro bicho recién muerto, las cámaras, carroñeras y caranchas, fueron derecho a esos restos, los que suelen terminar siendo la voz de los muertos: los deudos. Hasta la palabra, que deriva de otra que en latín significa «debido», carga con la fuerza de lo inevitable a los que toman la posta de los sin voz de verdad, los que ya no, los que tienen un relato redondo de sus propias vidas justamente porque no pueden contarlos, los que ya tuvieron fin. Así que rodeados de organizaciones populares, centros de estudiantes, punteros políticos y diversos grupos de artistas más o menos insurgentes y emergentes, los míos llamaron *instalación* a su campamento y *performance* a la vida que tuvieron que llevar ahí. Juntaban las balas de goma y se las pegaban a un maniquí que tenía un cartel que decía pueblo y sangraba con la misma elocuencia que cualquier virgen de las más expresivas en catedrales mexicanas, italianas y españolas, que no he sabido de ninguna que sangre en Suiza, y serigrafiaban remeras con los serigrafistas populares y pintaban paredes con los stencileros y cortaban la calle con un espectáculo de circo y recitaban poemas que escribían ahí mismo, abajo del techo floreado, plástico y navideño. Y el reciente viudo y la reciente viuda eran apuntados por cámaras y micrófonos como si estuviera por atacarlos una especie de mosca extraterrestre de cien ojos y cien púas. Lloraba él y ella lloraba y lloraban los cuatro nenes que sumaban entre los dos abrazados a sus piernas. Y lloraban los que estaban atrás. Ella, las mujeres estamos educadas para asumir deudas de toda índole, tomó la voz de su muerto y de la muerta del otro y habló. Habló de lo maravillosos que habían sido esos muertos cuando vivos, de su pelea, de su dolor, de cómo se habían conocido con su amor, de cómo habían decidido dejar todo por su vocación y vivir en ese edificio tomado por artistas, de cuánto tuvieron que esperar a que hubiera un departamento vacío, de cómo habían decidido traer hijos al mundo para hacer también de su vida puro arte, de cómo funcionaba su comunidad, de cómo resistieron varias órdenes de desalojo, de cómo y hasta qué punto eran una comunidad arty, de cómo se suponía que vivirían ella y sus hijos ahora medio huérfanos.

Todo con la fuerza de un dolor nuevo al que los cuerpos se le resistían soltando lágrimas con caudal intermitente, como si pensarán los órganos y confundieran el duelo con una inundación y quisieran achicarla a los baldazos: se sacudían los cuerpos de los deudos, gritaban los más chicos de los míos asustados por esa fuerza desconocida que les estaba tomando el cuerpo y la vida y que en unos días los tendría

dominados y casi reducidos al silencio. Primero se le resiste, pero el dolor gana y reina como una triple gravedad sobre el dolorido: le pesa, le gasta la energía, lo abate hasta la horizontalidad y la voz casi inaudible cuando las pocas palabras.

Por mí habló, empalidecida más por la resaca que por el dolor, la artista de la basura, la que me hospedaba la madrugada del desalojo. Nos habíamos conocido, esto no lo recuerdo pero me lo contaron tantas veces que terminó siendo un cuento tan mío como los de mi propia infancia, en la inauguración de su muestra, que además de sus complejas obras incluyó lecturas. Yo fui una de las poetas. Dijo que yo estaba ahí porque quería integrarme a la comunidad y ella pensaba cederme una de las habitaciones de su departamento. Mintió: estaba porque uno de los invitados a la muestra tenía una roca de merca y terminamos los tres en su casa con seis botellas de *whisky* y parece que nos tomamos todo en dos días. Yo no me acuerdo de nada. Fue la resaca más negra de mi vida, la que marcó uno de los dos antes y después más fuertes de toda mi adultez.

EL ESTALLIDO

La profecía

«Par de cobanis de mierda, yo de acá no me voy nada y ustedes acá no vuelven»: eso les dije a los gritos cuando patearon la puerta y se metieron adentro y de las mechas sacaron a los que estaban conmigo. Adentro había querosén, les habían cortado el gas días antes del desalojo, y yo me agarré el bidón, me tiré el líquido encima y empuñé el zippo cual si fuera una magnum poderosa. Pero hice todo al revés o eso me parece hoy. Debería haber incendiado a canas y judiciales en vez de volverme bonza. La merca me pegó peor que nunca antes en la vida y debo decir que nunca me pegó del todo bien. Se le habrá sumado el *whisky*, que ya en la quinta botella era marca nacional, según declararon luego los peritos federales, y quién sabe cuántas pastillas me habré tragado esos días, según dijeron después los médicos de emergencias que analizaron mi sangre buscando seguramente la coartada necesaria para el par de policías que habían avanzado igual al escuchar mi advertencia. Después salieron corriendo y yo corriendo detrás, flameando hasta desplomarme en la barranca del parque de la vereda de enfrente. Me envolvieron con frazadas y me llevaron a la guardia del Hospital del Quemado. De todo esto hay testigos, más fotos y filmaciones de diversas calidades. Con los tres días anteriores no puedo construir relato que alcance para explicar tan explosiva entropía: desde ese agujero negro salí eyectada tan fuerte que terminé por estar al frente de una vanguardia sin perder en el camino una aureolita de santa que me gané a las semanas de entrar al hospital en el que estuve un año entero: primero fue por los canas, los bajaron de dos tiros unos pibes que mandaron ellos mismos a robar un almacén y elevar el número de ladrones detenidos en el mes y así obtener un ascenso y lo leyeron los míos como una profecía; yo dije que no volvían y los canas no volvieron.

La aureola se coronó, si es que se puede decir que la luz se consolida, digamos que brilló más cuando el juez que había ordenado el desalojo de todos, incluyendo embarazadas y viejos con acevé, como si fuera Dios padre recibiendo sacrificios, después de contar los muertos, los títulos de los diarios y las llamadas del jefe de la bancada regente del Congreso Nacional, el juez siempre había soñado con ser un legislador en vez de aplicar las leyes mal hechas por los demás, decidió que otorgaría títulos de propiedad sobre ese viejo edificio a los mismos que un poco antes había sacado a los tiros y ordenó al gobernador, que era de la oposición del gobierno del país, que les entregara fondos para dejarlo hecho a nuevo. Y no olvidó mencionar a la sangre derramada: dijo, y esto es un lugar común, el juez no era ningún genio, que no iba a ser en vano y que él haría justicia; que la orden de desalojo no suponía ni muertos ni incinerados ni heridos, que era cosa de los brokers del gobierno ciudadano tanto apuro por sacar a la gente de las casas: solo quieren demoler para construir monoambientes y venderlos como si fueran penthouses en Nueva York, dijo ese héroe del pueblo, porque así se hizo llamar el juez del que estoy hablando. Veloces

como panteras, y sabiendo cómo nadie del déficit de viviendas, esos viejos peronistas del gobierno nacional lo sumaron a su lista de nuevos legisladores: las elecciones serían solo tres meses después y así pasó que el mal juez gracias a mi propio asado, gracias a los muertos nuestros, y un poco gracias a él, el que los mandó a matar, llegó a ocupar la bancada y así fue que mi comuna le hizo sentir que tenía una deuda que pagar a cambio de no escracharlo a cada paso que daba.

Quién lo hubiera dicho

Digo quién lo hubiera dicho: lo hubiera dicho cualquiera es la respuesta coral, pero están equivocados el coro y el corifeo; no lo hubiera dicho nadie y menos que nadie yo. Es que cualquier perspectiva es un lugar conseguido, yo no creo que haya lugar totalmente regalado: se llega a la perspectiva, lo que organiza el relato, y si se puede contar es que algo de bueno habrá ahí donde estás parado y si se quiere contar es que algo se está buscando. Ese punto es como un nudo donde se tejen los hilos sueltos de cualquier vida y de esa trenza florece el milagro del sentido que es tan real como fue la damajuana sin fin en las bodas de Caanán —qué pobre mitología de qué pobres muertos de hambre: con unos litros de tinto sacar patente de Dios— y sin embargo salimos, de la boda y del relato, ebrios de tanto entender cómo es que funciona todo y así vivimos inmersos en resaca celestial. Ese día de septiembre en que ardí como una bonza, a quién se le hubiera ocurrido que solo un lustro después adquiriría este brillo. Ese día terminé más opaca que una nube en un eclipse de sol, más opaca que un fantasma: opaca como cenizas, medio muerta y sin cerebro, en coma farmacológico durante casi un trimestre. Y después, ¿qué mayor opacidad que no verse en los espejos?

Fue como una caída libre y en el impacto del suelo, el fondo del precipicio, reventé como una bomba arrojada desde avión. Si bien reventé solita, alguna de esas esquirlas le pegaron a los otros y todo ese movimiento, caída libre, explosión y reacciones en cadena, armó un brutal empujón y hasta acá vine a parar.

El estallido

Tensa como cuerda de arco, como sapo con habano, como volcán sin salida, como castidad de preso, como una joven promesa que se acerca a los cuarenta (tan preñada de inminencia como bomba sin reloj), me acerqué el fuego a la mecha y aceleré el empujón que me venía arrastrando desde la más tierna edad y todo chocó con todo y después se fue a la mierda: un estallido normal aunque nos cueste pensar la dinámica explosiva en términos de rutina. Lo vemos como accidente pero las cosas explotan con ritmo y con poca pausa. Me desperté una vez más sin saber dónde había estado pero con tan gran dolor y no solo en la cabeza y la garganta tan seca como los yuyos que quedan al terminar la cosecha. Me desperté como yerta. No entendía dónde estaba. No podía mover ni un dedo. Estuve horas tratando. Se dio cuenta una enfermera: parece que moví un ojo y justo me estaba cambiando las dosis de las diez drogas que pasaban de bolsitas a mis venas y salían de mí vía cañito de goma insertado en la vejiga y de ahí se iba a parar a otra clase de bolsita que ya no volvía a mí. Ustedes querrán saber cómo se lleva la intriga de recordarse tomando *whisky* y merca con amigos y recién volver a verse metida en un hospital sin poder abrir la boca. Bueno, se lleva nomás: poco tiempo hay de pensar cuando no hay más que hacer que ser la procesadora entre dos clases de bolsas. Así me sentí esos meses, puro cuerpo en resistencia, las células trabajando para conservarse juntas, los órganos esquivando a la mortal entropía. Entraban drogas legales y salían los desechos y yo no pensaba en nada, apenas si deliraba una especie de mal sueño sobre un gordo nauseabundo también atado a una cama, lo suyo por estallido de tejidos adiposos. Creo que soñaba con él porque pese a tanta venda y a tanto desinfectante algo de olor me subía: muchos días me pregunté de dónde mierda venía ese olor a asado raro si estaba toda entubada adentro de un hospital. Pensándolo un poco más, lo de estallido normal habría que revisarlo: una explosión que se precie consiste en una veloz, cuanto más veloz mejor, liberación de calor, y de luces de colores y de energía sonora. Todo eso salió de mí, de mis llamas el calor y luces más bien doradas, de mi garganta el sonido: hasta acá funciona bien. Pero una vez liberadas todas esas energías la materia que subió cae estrepitosamente presa de la gravedad. Eso no me pasó a mí: el después del estallido se me hizo levitación, como un impás surrealista, no caí, quedé flotando en la bruma hospitalaria y después volví a subir. Fue cuando encontré el poder, cuando vi que tenía un poco. Más que verlo lo escuché. Yo le decía a lo mío, a ese quemarme a lo bonzo, «el sacrificio fundante» o «el día del estallido»: inventé un mito de origen que todos querían creer, el comienzo de un relato que nos daba cohesión. Por supuesto y como siempre, afuera estaban los otros apretándonos bastante y con eso reforzaron nuestra incipiente hermandad. Pero ni así es suficiente y además las cosas cambian y nosotros los de afuera pasamos a estar adentro e incluso un poco más alto, pero vayamos por pasos, este es momento de hablar de

cómo es que uno se entera de que ha engendrado poder: «¿Cómo está la compañera del sacrificio fundante?», escuché que preguntaba un puntero del Pejota a uno de mis muchachos. Después oí los cantitos:

*Los muchachos comuneros
somos los nuevos obreros
desde el día del estallido
somos un solo latido
si nos tocan a uno nuestro
van a tener varios muertos
nadie nos mueve de acá
o les vamos a explotar
su familia y propiedad
y les vamos a ocupar
hasta el club house de los countries
y el agujero del orto.*

La poética es de barra: no hubo forma de lograr que me cantaran los pibes con metros alejandrinos; lo nuestro va de ocho en ocho, y yo también canto así. La cosa es que en los cantitos y en muchas conversaciones a las cosas les decían como les decía yo: «comuna» a nuestro edificio, «comuneros» a los nuestros, es decir nosotros mismos y todos los que ocupaban casas que no habían comprado y tierras que se tomaban sin que mediaran papeles ni billetes ni escribanos: adquiríamos los bienes con el somero proceso de romperles los candados y quedarnos ahí adentro armados hasta los dientes. Puede parecer violento y muchas veces lo fue, pero no es más que lo mismo que hicieron nuestros patricios antes de hacerse avenidas y calles de la ciudad y bustos de yeso y mármol en la Sociedad Rural. De todo esto hace mucho, pero así nació también en pleno siglo veintiuno un invento nacional que exportamos hasta Harvard: el modelo La Salada.

Construcción

Para construir poder hay que tener capital: puede ser solo ambición, alcanza para empezar, pero yo tenía mucho más. Tenía las cicatrices, tenía la furia loca que me había llevado al fuego y el rencor del sacrificio. Tenía un buen edificio que se había conseguido gracias a mi fiero ardor, a mi combustión veloz y a la muy lenta agonía de los meses que siguieron. De ambición no tenía nada o no sabía que tenía o tenía apenas un poco que me creció cuando supe lo que era tener poder. Me creció como una pija, vivía al palo todo el día, y si alguna vez pensé, tampoco pensaba mucho antes de enterarme, terminé de hacerlo entonces y giró toda mi vida en torno a esa calentura, la de tener más poder, la de poder ayudar y poder mandar al muere, la de poner en las listas y la de sacar de juego. Me afilé, me concentré, me adelgacé hasta los huesos: ya no hubo más para mí que el deseo de tener más. Eso lo pienso así hoy. En el momento pensaba que podía hacer el bien. Tampoco fue muy sencillo, la cosa empezó despacio o tardé mucho en caer. A veces creo que no caigo, que cuando muera será por proceso de ascensión, un poco como a la Virgen me arrebatará el muy alto y me caeré para arriba: seré un caso de inversión del centro de gravedad. Soy un caso de inversión: nací negra y me hice rubia, nací mujer y me armé de tremenda envergadura envidia de mucho macho y agua en la boca de tantos y de tanta boca loca. Me cogí a medio país, que también eso es poder.

Cuando volví, y qué raro fue volver sin haber estado nunca, cuente esto como inversión, que volví a lo que era mío sin haberlo conocido, me habían reservado un piso, con vistas a río y parque, el piso de más arriba: incluso tenía terraza y ahí pude sembrar faso. No me interesaba en sí, pero me dieron semillas y durante mi juventud no podía sembrar nada si no era un poco ilegal y no encontré la manera de sembrar rayas de merca y además había tenido, mientras estuve internada, toda una rehabilitación que duró meses y meses: ya no quería tomar. Lo mismo fue con el *whisky*, sencillamente no quise. El vino no era problema o al menos eso pensé al principio y allá arriba cuando hasta el agua corriente me hacía sentir muy mal. Después cambié de opinión: eso lo cuento después. Apenas podía moverme. Salir sin cara es jodido y eso les digo a las chicas de la brigada de trans cuando se quejan de cómo las miran en todas partes: probá quemarte la cara y después vení y contame. Entonces estaba en casa, mirando el río y el cielo, los espejos los rompí cuando me vi por error. Me trajeron las macetas y tierra negra también. Me entregaron las semillas. Y en seis meses las llené de flores de las mejores, de cogollos tropicales con sus peces de colores: lo más parecido a fumarlos era bucear con snorkel o al menos eso decían; a mis porros les decían escafandras. Ellos me traían comida, todo orgánico y cocido con amor y agua de lluvia filtrada con cuarzos santos. Me hacían arroz yamaní. Y le ponían verduras y algunas flores de Bach para lidiar con el duelo, para duelar, decían ellos, como si hablaran inglés y la verdad es que hablaban: teníamos

traductores además de ilustradores, artistas de clases varias y poetas y escritores. Yo empecé a escribir un blog donde puse parte de esto que estoy reescribiendo ahora. Me usaba bastante el juez y quiso usarme el Pejota para sumarme a la masa, nunca yerta ni acabada, de su mayor capital: el plantel de muertos vivos. Si cuando era chiquita yo había soñado con ser una desaparecida,^[1] siempre heroica, siempre póster, vuelta cara de pancarta y ejemplo de juventudes, de grande algo me acerqué y lo vieron los muchachos del primer trabajador. Me querían en las marchas contra el gobierno local. Querían mis declaraciones y más que nada querían que firme lo que escribían. Y yo a veces les firmé. A cambio fui consiguiendo subsidios para mis chicos, becas para los artistas, y un montón de privilegios y volar no fue el menor: fuimos parte de comitivas, pagaba cancillería, y dimos la vuelta al mundo. En algunos de esos viajes nos regalaron tarjetas para gastar a piacere y a ese período lo llamo «la temporada europea». Les adelanto un poquito y después lo cuento entero.

Yo solo les trabajé de víctima todo el día, hasta me volví obra de arte: me metieron en el medio de una mega instalación en la Bienal de Venecia. Yo era la sacrificada. Me quedaba ahí sentada de la mañana a la noche los cuatro meses de muestra. Atrás estaba Jesús agonizando en su cruz, un holograma mojado que lloraba agua y sangre. A los costados, videos. Y por todos lados fotos de militantes caídos. Los críticos se coparon, a todos les parecía que habíamos superado a la loca de Abramovic, qué oscuros sus latigazos comparados con mis llamas, qué bella su cara rusa al lado de ese amasijo que era mi cara quemada. Fui el emblema más usado contra la avidez sin fondo del mercado inmobiliario que estaba gentrificando toda ciudad que se precie. Nos pusieron adelante. Y yo me puse a la cabeza: no les fui a una sola marcha pero mandaba a los míos que además aprovechaban para pintar las paredes de la ciudad disputada: de la movida salimos con casa y fama mundial. Nos coleccionaron muchos de los mismos que hacían de las ciudades refugios para burgueses. A mí me compró una suiza y le estoy agradecida; se llevó la instalación a su palacio en el Lemán, quiero decir en la orilla del lago tradicional. Y estuve ahí varios meses, me enseñó a hablar alemán, un poquitito aprendí, y me dejó mucha plata, hablo de sus francos suizos. Pero lo mejor de todo fue que me heredó su cara. Ella se estaba muriendo y quería trascender: decía que no había hecho más que juntar guita en pala y comprar arte que no hacía. Ahora quería ser artista, quería posteridad y se le ocurrió montar su carita tirolesa sobre mis huesos de negra. Antes me tuvo a sus pies, metida en la instalación en uno de sus salones. Estábamos horas ahí adentro: quería saber más de mí, era lo que me decía. Charlábamos y charlábamos, ella hablaba en español. Un día de sol en Venecia me metió un beso en la boca y no me dijo que esa piel tan blanca iba a ser mía muy pronto, pero ella lo sabía. La besé. Se hizo el amor como un espejo: la que estaba por morir y la que no se había muerto. La negra casi sin cara pasando la lengua oscura por la piel que era de otra pero también era la suya. Le besé el resto del cuerpo, aunque no fuera mi herencia. Los pezones tan rosados, el clítoris como un sol, rubio radiante feroz: Elenita agonizaba pero garchaba

con ganas. La quise a Elena y algo de ella vive en mí. No hablo del lugar común, uno lleva tanto muerto adentro del corazón: lo que vive en mí de ella lo llevo puesto en la cara. Y me veo en el espejo, con marco al dorado de oro, que me regaló ella misma, el que tenía en su boudoir. Nos vemos, debería decir. Cada atardecer me siento y tomo tinto conmigo y también con mi Elenita. Son diez minutos de amor que me recuerdan que tengo que aflojar con el escabio y con tanto cigarrillo: Elena me hizo jurar que no habría de morir antes de estar arrugada, antes de que seamos viejos mi pobre cuerpo y su cara. Mi chica rubia y su lago, el tiempo de nuestro amor que me dijo en alemán, el palacio con su brillo. Ahí está mi paraíso, ahí mi propia era dorada, en la orilla del Lemán y hace quince años atrás. Ahora apenas es reflejo: memoria viva y la imagen que me devuelve el espejo. No sé si volví a querer, un poco sí pero poco y me quedé algo fijada; amé un poco al alemán que antes había amado ella y vino a darnos lecciones de ser okupas y artistas, y al cachorrazo italiano que la asistía a Elenita. Al alemán le enseñamos, no tenía conocimiento de las redes clientelares: en Berlín no se consiguen. Pero se quedó más tiempo, aprendió cómo mover pequeñas masas a cambio del favor del amo y aprendimos a gozar de que yo lo sodomizara.

Pero volviendo al principio, a mi vida antes de Elena y después de mi delirio, puedo decir que entendí. Fue mi máster de negocios, mejor que estudiar en Berkeley y aparecía en los medios un día sí y un día no y contaba mi triste historia y cómo había sido que el fuego nos había conseguido nuestras propias escrituras. Acusé a los empresarios, que ya se sabe que son tremendos hijos de puta que coimean policías y gobiernos y jueces y diputados. Todo eso era verdad como también era cierto que ahora nos financiaban con la ley de mecenazgo varios de nuestros proyectos. No hay leyes, no hay nada escrito, el que quiere tener algo tiene que saber muy poco, apenas cómo avanzar llevándose puesto todo hasta tener peso propio. Empezamos sobre balsa y hoy ya tenemos un arca y yo creo que está mutando hacia una especie de imán de tamaño gigantesco, es sólido y concentrado, avanza como nadando, es negro, duro y brillante y se nos pegan de a miles, bandas y bandas de locos relacionados con fierros. Japoneses con agujas, pibas y pibes con *piercings*, cuchilleros, cocineras, maestros de acupuntura, los punteros bien armados, señores que andan sin cash, los que llevan sus tarjetas de platino en el bolsillo, viejos con marcapasos o prótesis de titanio y chapas de varias layas armados hasta los dientes. Parece un arca nomás, con magnetismo de polo: un arca hecha de las piedras que condenan a las brújulas a clavarse punta al norte, un arca que atrae agujas y a rotos y a descosidos. Nos sale, al fin, redondito.

Releo y veo el error: contado de esta manera se podría suponer que me pasaba el día entero negociando y dando charlas, pero sería mentira: yo estaba plantada arriba, bien cerquita de mis plantas, en estado vegetal. Sentía el calor del sol. Escribía de vez en cuando. Tomaba agua mineral. Vivía en un mundo aparte lleno de aire y de cielo y con ningún horizonte más que el alcance del ojo. Y solo cuando era urgente

negociaba en la Comuna. Bajaba al sum de la puerta, la sala de exposiciones, tapada por una tela, toda oscura y con voz baja, me parecía a Darth Vader.

La perfo

Llegamos a dominar cien torres en el país: unas treinta mil personas —los bloques de monoblocks los contamos como torres—: después de Venecia logré que todos tuvieran gas, luz y agua mineral, prepaga, grandes murales, subsidios para educarse, trabajo en blanco y asados en las fiestas de guardar. Además de vacaciones en los hoteles obreros que hay en Chapadmalal. Un poco más y era digna de llamarme Eva Perón. No pudo ser, me harté antes, ya estaba vieja aburrida, no amaba a los militares y me cansaba el debate; yo quería mandar sola sin charlas sin discusiones. Mientras tanto, mientras pude sostener conversaciones, negocié con los de arriba, los de los pisos más altos, los que están cerca del cielo como muestra cualquier cuadro de edén en el Medioevo: los más cercanos a Dios son nobles o son obispos cuando no son las dos cosas. En rascacielos de espejo con cimientos en el barro que le robaron al río y a sus juncos y sus bagres y a sus grandes surubíes me reunía con los jefes. Era tirar y aflojar, como pescar tiburones o arponear a Moby Dick.

A la plaza iban los míos, me daban cientos de planes y me hacían prometer que no tomábamos más en tierras oficialistas. Yo prometía tranquila y después cuando pasaba que tomaban torre igual y le hacían jaque al rey, antes de que nos aplasten cedíamos algunos peones que elegíamos en secreto pero con pleno saber de que tendríamos consenso: entregábamos malandras para que diera el gobierno sus castigos ejemplares; amansaba, transitivo, a masas y a manos duras. No era igual ese el motivo de que no nos arrasaran, para la torre mil uno ya nos querían colgar como racimos de muertos, cabeza abajo, los frutos de la justicia, la cosecha de una ley que podría transformar en viñedo el obelisco, pero yo ya conocía a media prensa argentina y a mucha internacional, tenía acciones de una empresa y todo un capital propio, ya no solo las heridas.

Lo que más nos ayudaba era la actitud artista: parecíamos creados para la *performance*. Las cámaras nos amaban. Hubo violenta pelea cuando algunos comuneros ayudaron a unos indios a ocupar tierras sembradas con la soja de Monsanto. Amenazaron a todos, incluidos nosotros, los de la primera comuna: los más míos de los míos y yo misma quedé adentro del apriete del Gobierno. Para entonces ya teníamos una gran red de Nextel, de Twitter y de Whatsapp y en un día les armamos un quilombo federal. Un delegado por casa, un bonzo en cada balcón con una antorcha en la mano apenas atardeció. Cada torre parecía un árbol de Navidad que presagiaba desgracia. De fondo la musiquita de los murgueros presentes en cada cuadra argentina, pero los nuestros sabían cómo leer partituras y tocaron *La Valquiria*: Wagner para multitudes a todo tambor y bombo. Lo alternaron con *Nabucco*, con el Himno Nacional y murga carnavalera mientras cada protobonzo, cual azafata suicida o kamikaze de balcón, movía sus brazos en llamas. La cosa así en todas partes, cien torres en diez provincias transmitidas por la web, por todos los

noticieros y también por la Cienén en mil pantallas oscuras irradiando luz de antorcha y tambores superpuestos con ritmo ensordecedor. Parecíamos Fuerza Bruta. Nos retransmitieron muchos, hasta chinos en Pekín: todo el planeta lo vio y no nos movieron ni un metro. Nadie tuvo que quemarse pero es desde ese momento que tenemos todo listo; se votaban nuevos bonzos el primer lunes del mes. En los balcones hay plantas, bicicletas, cosas propias de balcones y también fieles antorchas y bidones incendiarios. Lo hicimos todas las veces que nos apretaron mucho, se volvió una ceremonia, la fiesta de aniversario, todo para recordar nuestra épica resistencia. Claro que empezó a pasar que se votaba a cualquiera y cualquiera le pagaba a otro para que fuera el bonzo de su balcón. Así es la vida, señores: lo mismo hacía la nobleza y empleaba a gente con hambre para hacer las penitencias que les habían tocado por sus frecuentes pecados y caminaba a Tierra Santa un representante en nombre del gran Señor. Resta saber si el buen Dios perdonaría a los dos, solo al rico, solo al pobre o a ninguno en absoluto.

LA NEGRA RUBIA

La instalación

«Te compro porque tu obra está inconclusa»: lo dijo a las dos horas de dar vueltas por el Pabellón Argentino en la Bienal de Venecia. Había entrado como tantos, llamada por la música compuesta para la ocasión, una especie de cumbia gótica y dodecafónica, deconstruida y vuelta a armar como si se desarmara una villa chapa a chapa y ladrillo a ladrillo y con esos materiales se edificara una catedral tan ojival como casi todas las que valen la pena pero sin nada de su solidez, con la luz entrando en haces desordenados por todas partes, atravesada de rayos, una catedral agujereada como una obra de Marcela Astorga, una que careciera de esa prepotencia de cimiento eterno y de escalera al cielo que tiene toda catedral. Era una música que se venía abajo, una inminencia de caída que no evitaba el lugar común y duplicaba la amenaza con lapsos de «silencio atronador», estoy citando el catálogo. Una música que lograba que cada uno de los que entraba se sintiera como una moscapolo: tan insignificante como pronta a ser aplastada por cada cosa, como si cada cosa se dispusiera a arrojarse en línea recta sobre la insignificancia, donde todo termina, es claro, pero no necesariamente por cuestiones tan calculables y previsibles como la caída libre. Dejar de tener cualquier sentido y casi toda entidad no es lo mismo que desplomarse sobre una mosca, aunque el segundo caso pueda ser antecedente y hasta causa del primero.

Esa música de mosca, ese ruido de corazón de insecto, esos aleteíos de vegetal volador que se aceleran cuando se ve con mil ojos todos los ángulos, hasta una esfera ha de tener ángulos para la mosca, de lo que se le va a precipitar encima a uno mismo, esta mosquita de mierda que no atina más que a mover las alas sin parar, un zumbido grave y sostenido durante toda la cumbia-catedral-agujereada que es lo que se escucha cuando cesa, cuando la parca se le viene encima a la mosca y kaputt, la señora no está y aparece el ya citado silencio atronador.

Ella entró así, entonces, atraída por esa música que era como una catedral hecha de descartes atraídos a su vez por una mosca. La vi entrar y me pasó lo que a tanto negro: me gustó por alta, por rubia, por musculosa, por llevar la ropa de lino con la elegancia con la que Aquiles llevaría la bandera griega cabalgando una yegua negra acerada a la orilla del mar azul profundo de Troya, quiero decir que me gustó y se me armó de atardecer en el mar con poema rosa y con música de fondo, con otra, no con la de la catedral-mosca, con una música de esas que ponen en las comedias románticas cuando lo que se va a precipitar es un intercambio de fluidos cuya inminencia seguramente se venía sosteniendo o más bien inflando capítulos y capítulos como un globo cada vez más lleno de flujos con ganas de estallar mezclados: le flameaban las pilchas de lino a la chica y ella avanzaba ligera y fuerte, como un tanque ultraliviano, como un tigre sin hambre, como una Napoleona de vacaciones en Cancún, como Walt Disney navegando hacia un glaciar, como un misil

que atraviesa la atmósfera certero pero apenas arañándola como si fuera un barquito y no un arma de destrucción masiva. Algo de eso tenía Elena: algo de barquito de papel con torpedera. Para mí, claro, que podría decirse que me enamoré en cuanto la vi. Y no solo para mí, para muchos que no se le enamoraban también pero de eso voy a hablar después.

Yo estaba muerta: la concha marchita y cenicienta desde mi incendio, no sentía nada, no quería nada, ni siquiera masturbarme: el fuego me había deparado esa paz, me había liberado de la calentura, me había dispensado de todo ardor que no fuera el del poder. Ni un latido, ni un sueño, ni un solo deseo de tocar o ser tocada le había sobrevivido a esa bonza que yo era. La resurrección no fue una cascada mojándome la bombacha, ni la tumefacción de labios y clítoris, ni siquiera un tímido latido vaginal. Primero se me calentaron los ojos. No pude dejar de mirarla. Ella también me miraba pero no podía estar segura de ninguna reciprocidad: téngase en cuenta que no solo estaba desfigurada en toda la extensión de la palabra; también era parte de una obra de arte y si queda algo que las distinga del resto de las cosas, además de estar metidas en un museo o una galería o ser producidas por alguien que pueda poner la chapa de artista abajo del nombre, es que casi todas están hechas para ser miradas. La miré, la miré, la miré con estos ojos oscuros que sigo teniendo y que ahora parecen dos osos negros en el polo en el marco de esta piel blanca, blanca como una porcelana diría mi mamá y diría bien: tengo los ojos negros rodeados de una piel de papel de arroz, de unos pelos de un amarillo tibio, casi frío de tan claro y una boquita rosa. Sorprenden como sorprendería un sol africano en Zurich. La miré. Parte de la obra, una de las varias que me tocaban a mí, era un micrófono hipersensible conectado a mi nariz y a mi boca, era mi parte en la música. Ella escuchó cada pequeña alteración en mi ritmo respiratorio. Creo que jugó con eso: en alguno de los momentos de silencio atronador se acercó y se alejó varias veces. Como una nena, venía casi corriendo hacia mí y me esquivaba y se reía. Al final se fue, habré suspirado, habrá sabido, volvió con un italianito que creí parecido al Tazio de *Muerte en Venecia*, no estoy segura, se me estaba despertando la cajeta y volvía a amar al mundo con el amor viscoso hinchado del sexo urgido, venía la rubia con un Tazio morocho y bocón todo cachorro que traía una silla, una mesita, unas dos docenas de ostras y una botella de Sant'Antimo de Montalcino y se instaló en la instalación al lado mío y me dijo que la compraba con todas la erres que señalé al principio y que no voy a volver a señalar o tal vez sí pero no mucho, sépase que hablaba así, un castellano prístino que le vibraba duro en la lengua cada vez que decía perro o carrajo o acarriame acá o calenturra, se instaló nomás y con ese solo gesto empezó a terminar la obra que, me dijo de entrada, estaba inconclusa. Tardé varios meses en entender a qué se refería. Esa tarde no la entendí y tampoco le presté demasiada atención a la venta ni a sus motivos: a la primera botella le siguieron otras cuatro por lo menos, la calentura siempre me dio sed de esa y me la sigue dando cuando es nueva, y a esas cinco botellas de vino carísimo, el precio también lo supe

después pero mucho antes de entender a qué iba Elena con eso de obra inconclusa, le habrán seguido un par de *whiskys* con Coca-Cola. Yo habré dicho Cuba libre o algo así: me acuerdo de ella riéndose con toda la boca, con esos que son perlas y fueron sus ojos, contestándome «hasta la victoria siempre» y acercando su carita de muñeca helvética a esa masa que era la mía, me acuerdo de la sorpresa de la lengua rugosa y decidida, me entró en la boca como le entraba a todo, como si fuera la dueña me metió un caballo de Troya con parlantes de rave y a mí se me abrió hasta el alma, quiero decir que me hubiera entrado un piano en la concha esa madrugada veneciana y la rubia me tiró vestida al *jacuzzi* de mosaiquitos bizantinos, más bien una pileta hecha por un artesano griego del siglo cuatro, que tenía en el piso que ocupaba en su hotel de siete estrellas y se tiró arriba mío y se calzó una poronga naranja fluorescente que brillaba como una noctiluca entre las olitas y los delfines cuadrangulares de los mosaicos, como un submarino beatle en un lago de montaña brillaba la poronga de Elena que me entró con algunos cientos de litros de agua y me partió el corazón y la obra inconclusa tuvo su primer final, acabé como una rinoceronta pariendo y ella también acabó brindada caliente enchastrándome las manos y llamó a su Tadzio que nos trajo una sopa para la resaca y apagó las luces y me dormí con ella arriba mío acariciándome lo que hasta entonces solo había tocado la medicina: mi cara, mis brazos, todo lo que me había quedado a medio cocer, «arrebatao el asado, geliebte», me dijo Elenita, que entre ostra y ostra y copa y copa había leído el catálogo del pabellón y ya sabía y creía entender, y enseguida se durmió.

Yo me desperté cuatro horas después, mi celular sonaba con todas sus alarmas: llamados, Gmail, Twitter, Whatsapp, Facebook. La cancillería argentina estaba buscándome. Apagué el teléfono y me quedé mirando a mi jineta suiza que hacía su yoga matutina en la terraza: la belleza me fue revelada como una plasticidad amarilla y blanca con fondo azul claro y azul oscuro. Cuando terminó y vino y me besó me dijo que temía haberle provocado a Suiza un conflicto armado con la Argentina y se rio fuerte y me agarró las tetas y me dio la primera clase de negociación: «¿Vos querés estar ahí todo el día?». «No». «No te preocupes, te necesitan, volvés mañana y con condiciones», y seguimos cogiendo todo el día con y sin porongas fluorescentes y con Tadzio que iba y venía atento a la más mínima necesidad de su Prinzessin.

Los problemas, al otro día, los tuvo ella y los terminó zanjando la presidenta: Elenita era la principal accionista de las tres constructoras más grandes del país. Con el canciller trataron en alemán y Tadzio me tradujo al italiano: quedaron en un horario reducido, cuatro horas al día de trabajo para mí. El resto del tiempo se lo dediqué a conocer a la rubia que se quedó nomás los cuatro meses enteros de la Bienal en Venecia y a gozar del cambio de eje que experimentaba mi cuerpo. La regencia había pasado de la cabeza a la pelvis y la pelvis iba adelante como un mascarón de proa y el resto de mí la seguía, mitad arriba, mitad abajo pero toda un poco atrás: era un triángulo y el ángulo más ancho lo ocupó la concha en esos meses venecianos que yo llamo los de las postales por razones obvias. Si a alguien se le

escapan, googlee Venecia y mire las fotos, agréguele romance tropical con precipitación cordial y genital ultrafrecuente, billetera sin fondo, el más infalible de los abrecaminos, el más certero removedor de todo obstáculo, agréguele también dos corazones abiertos como bocas, como placas en terremoto y va a entender de qué les hablo.

Postales con fisuras

Dije postales y eran tan postales que ni siquiera había conflicto neurótico en la pareja protagonista: fuimos y vinimos del Arsenale a todas partes, en góndola, caminando, en bicicleta, en helicóptero, en barco, en kayak y vaporetto, todo fluía, navegábamos en un torrente caliente primordial, nadábamos como fetos de hermanos cogedores en el útero del paraíso: bronceadas firmes poderosas las mejores manzanas se nos arrojaban a las manos en kits que incluían éxtasis, pasta y pesce spada affumicato. Entre vuelta y vuelta y tijeretas de tortilla de platino, yo iba al Arsenale y ocupaba mi lugar de obra de arte en el Pabellón Argentino. Ahí fue donde charlamos la conclusión de la obra, fue magia, fue armonía, fue una epifanía de afinidad planear ese final: estábamos tan de acuerdo como en la cama y fue ahí también donde se abrió la grieta que habría de unirnos para siempre y que para siempre nos unió nomás. Acá estamos ella y yo frente al espejo de su boudoir, el que dejó para mí como dejó este piso de mil metros que ahora compartimos con Tadzio y Hans, donde yo escribo, tomo vino y trato de no fumar y ellos no sé muy bien qué hacen con su vida, esto es grande y nos vemos poco.

La grieta fue la inevitable la fatal la feroz devoradora: la parca que mata amor galana billetera y hunde góndola, abate helicóptero, voltea kayak, envenena manzana, deja al pesce spada para los gusanos y pone perlas en esos que fueron sus ojos. Mi Elena, la dorada la firme la poderosa, la diosa recia de uñas cortas, mi yegua mi belleza, mi agua mi carne mi ternera, mi Elena mi amor mi vida mi aliento, mi mujer mi marido mi toro mi doncella, mi hermana mi amante estaba enferma. «Cáncer», me dijo. «Y no se cura». Y yo que en asado había mutado muté en mujer de Lot en escultura de sal, volví la cabeza vi la muerte la guadaña, enmudecí, me hice piedra, me desmoroné y mientras caía hice mierda medio pabellón argentino: ahí sí me desplomé, caí en picada, me rompí.

Elena miró, quieta, callada hasta que terminé de caer y me dijo que me deje de joder con exuberancias de latina pelotuda, que la vida es así, que nos va a pasar a todos, que se iba a morir pero que todavía faltaba, que teníamos mucho que coger, una obra por terminar y un amor entero para hacer para adelante y me puso en la boca una pastilla y me llevó al *spa* del siete estrellas. Ahí le hice el amor como si a fuerza de gozarla pudiera detener esa entropía, la partí en dos con la fiera intención de pronunciar un fiat ordenador de caos celulares, la hice acabar como una fuente con furia de exorcista, «me vas a matar antes de tiempo vos», no la maté no la salvé pero entendí que no tenía que llorar delante de ella y se abrió la primera fisura de la grieta que nos juntó como siamesas la que me hizo a mí ser yo y mirarla a ella cada vez que me cruzo en un espejo y cada tarde cuando escribo como si hablara con Elena en su boudoir: escribo viéndonos. Escribo con ella para ella y así acabamos las dos con esta obra.

El trabajo

La obra la pensamos las dos juntas, codo a codo, boca a boca, concha a concha: la obra la pensamos en pelotas en Venecia en Ginebra en Buenos Aires en Tokio en Pekín y en Estambul, quería darme mundo mi princesa. La obra la pensamos las dos juntas pero fue más adelante mi Elenita: la obra la pensamos en espejo pero no fui yo la autora del último reflejo, fue ella mi guerrera mi cordera, fue mi rubia de tetas de escultura.

Llevamos «Sacrificio» pieza a pieza desde el antiguo palacio veneciano a su cubista palacio de reina de Ginebra: ocho cubos a oriente a occidente a los dos polos, rematados en sendas transparencias. Blindex puro al lago, a la montaña, al bosque y a las luces citadinas. Una decena de artistas y artesanos arregló lo que había roto en mi caída, quedó lista «Sacrificio» parte uno y le pusimos las manos a la otra. Si sobre la ventana de occidente agonizaba un pobre Cristo de holograma, armamos sobre el vidrio del oriente al bello, al deslumbrante, al magno Vaticano. Lo hicimos también como holograma, colgaba a la altura del sufriente: tenía su cúpula, sus torres, su obelisco, sus santos regidores en el techo, sus papas, sus misas, sus mafiosos, sus puentes con arquitos sobre el Tíber, sus oros, sus pinturas y su dios de Miguel Ángel con dos tetas: a las dos nos gustaba el primer Génesis, el del creador trans que nos realiza varón y mujer según su facha que por fuerza hubo de ser un poco andrógina. Al Cristo le seguían varios mártires, para esos el reflejo fue de mármol. Tuvo cada uno sus regias catedrales y ligaron los dos más importantes el montón de oro montado en carabelas y la sede central del gran Banco Ambrosiano. Seguían a los mártires los indios: para esos no tuvimos más espejo que sus tataranietos muertos de hambre con gorras de béisbol sin bordados, que parvas de pendejos costilludos que les salen incluso de los ojos y brotan como flores de semáforos. Para ellos no tuvimos más reflejo que cárceles, que Nikes de La Salada, que paco y birra y *pizza* fría: sufrientes también los del oriente, gordos, feos, negros y sin dientes, los hicimos urbanos, los vestimos, los pusimos en villas y también en un campo de soja floreciente que solo para ellos largó espinas.

En la pieza que habíamos hecho en la Argentina, a los indios le seguían los soldados. Cabral soldado heroico y una parva de salteños que armaban montonera, el Padre de la Patria San Martín que cruzaba los Andes en litera calmando los dolores con morfina: el reuma, las heridas, el asma y la bronquitis, todo en lo alto y en pelotas y a los gritos por hacer de Buenos Aires puerto libre. A ellos les pusimos como espejo la historia del Ejército Argentino: a Roca y a sus grandes latifundios, al general José Félix Uriburu sacando con la espada a aquel Peludo con quien antes amigos habían fusilado a los anarquistas. No habíamos olvidado al general: difícil superar la discusión si el viejo era mártir o asesino, mártir no, ahora asesino, era un quilombo, pasamos derecho a sus golpistas, a Rojas, a Lonardi y Aramburu. Desde

ahí seguir era muy fácil: la recta de la historia se alargaba hasta Videla. Lo armamos con alambre bigotitos, le pusimos guadañas Falcon submarinos violaciones y picanas, lo dotamos de instrumentos de tortura y de un río lleno de muertos en el barro.

Seguía nuestra obra veneciana, la que habíamos pergeñado en la Comuna y en Ginebra ocupaba el lado de occidente, con las fotos de los desaparecidos. Eran muchas, eran chicos blanco y negro, era el ícono de Walsh con los anteojos, el pañuelo de las madres, la silueta, los pibes robados como cosas, la negrura de los campos de tortura. A ellos les pusimos de reflejo a mucho político en mandato, los que hicieron del filo de su ausencia marionetas, los que se colgaron sus fotos de buscados en el pecho cual medallas del campo de batalla, los que hicieron de los pobres torturados, de los fuertes militantes y los violentos sacados un siniestro capital de propaganda.

Y llegamos al centro de la pieza. Estaba yo ahí sentada respirando como yogui. Elenita puso enfrente un sillón del dieciocho bordado punto a punto: un faisán pixelado en marco de oro. Se sentó, la cola verde desplegada aureola llena de ojos en su cabeza amarilla casi blanca y me miró de frente celeste medio helada: «Esta que ves será tu herencia», me dijo: «te voy a dar mi cara, me transplanto a la tuya, vivo en vos y vos vivís conmigo para siempre, estamos juntas tus ojos de grafito y mi piel con palidez de cielos grises, abrazará mi carne a tu osamenta y serán tus venas los ríos de mi carne, tuyo el aire que atraviere mis narinas, tu lengua la que moje esta mi boca. Decí sí, igual me han de enterrar, con o sin cara. Te doy ahora mismo en adelante el anillo que selló en esta familia todo trato, incluso el de la caza en nuestro coto: el permiso de perdices y lebreles se firmaba con esta joya de oro. Decí que sí, negra querida, serás mi negra rubia y constructora: te dejo unas acciones de mi empresa y vos me das a mí una sobrevida regada por tu sangre, amada mía. Seré tu Vaticano, tus milicos, tus penthouses en medio Buenos Aires, mi bonza consumada en desalojo».

Yo acepté, lloré otra vez y me senté en la frontera de la obra: crucé de okupa a propietaria, crucé de víctima a señora, salí de donde estaba y di el pasito que me puso en otro lado para siempre. Elena decía que a su juicio lo que lleva de Cristo al Vaticano, del martirio al poder, del barro al oro, es la pura voluntad de vivir y hacerse fuerte. Me habló del Holocausto y del Tzahal, me habló del nosotros y los otros, me dijo que lo que hace a lo sagrado son los muertos que llevamos en la espalda, el sacrificio cero, el primigenio, el que cimienta la raíz de lo que somos, siempre un grupo que mata o será muerto, que medrará del trabajo de los otros o será apenas la materia de obra ajena. Yo no acuerdo ni acordé y no me importó. Me dijo más, me dijo mucho: nos supimos como pocos se han sabido, su herencia había abierto las puertas de una nueva intimidad, nueva en el mundo no en mi vida. Charlábamos las dos y éramos dos, pero ese inédito mezclarse de dos carnes superaba al sexo en la pasión, nos hizo casi una, nos deshizo los bordes personales, vivimos en fusión como en hervor el tiempo que le quedó a Elena de vida.

Volvimos a la Argentina y me di el lujo de radicalizar nuestras demandas: cuidaba mis acciones, mis empresas, ponía condiciones al gobierno, cerramos varios tratos y por la coima tuvieron que entregarles edificios a los míos. Nos quedamos con las licitaciones para hacerlos otra vez de punta en blanco. Jugamos al poder, ella sabía, yo aprendí mucho y lo usé y fui candidata, pero eso fue después, cuando murió la luz de mis ojos, mi adorada, y se hizo carne de mi carne, salvada su carita de gusanos, rescatada la mía del incendio.

No diré que solo soy feliz hablando de ella, con Tadzio y mi alemán estamos bien, hacemos el amor de vez en cuando, vivimos los tres juntos como hermanos, me dan y yo les doy con la poronga que también heredé de mi hermosura, salimos de paseo con el bote, viajamos en crucero y en aviones, invitamos amigos a las fiestas, yo escribo, Tadzio toca el ukelele y Hans talla madera con su hacha de vikingo. A veces viajo sola para Suiza, camino por las calles de Ginebra, la miro a mi Elenita en sus hermanas, me acuesto con las rubias que me aceptan, no entienden estos ojos en mi piel a algunas las alarma, a otras les gusta, las llevo de paseo, les doy vino, las invito a mi casa ginebrina, una casita aldeana, casi un cuento en la falda afelpada de montaña que también me dejó ella de recuerdo, las invito a pasar, abro la cama y cuando me aman yo les digo ay, mi Elena, ellas me dejan, pero es un vicio triste, solitario, Elena no está más ni en las miradas celestes medio heladas de todas esas chicas como ella con genes de inviernos bien nevados y bosques de pinos de hojas verdes. Vuelvo a casa tan sola como un muerto de resaca y me animan los muchachos con sus mimos. Tadzio cocina pastas, Hans el postre y entre todos tomamos mucho vino y nos vamos a la cama los tres juntos y cogemos en tres lenguas diferentes. Yo en español, Tadzio italiano y Hans, claro, en alemán; nuestro erotismo parece un congreso de la ONU.

Y voy a seguir hablando de ella. Elena, está claro, se murió: se apagó como una muñequita, tenía su paquete de morfina, un ladrillo que guardaba en la valija, como un monto su pastilla de cianuro, la abracé como la virgen a su hijo, hicimos la piedad entre las dos, y a las dos a su vez nos sostenía Tadzio con sus fuertes pectorales, su torso de muchacho de corales. Desnudas las dos nos abrazamos nos miramos a los ojos cuando entraba la morfina a su cuerpo moribundo se durmió se apagó duró un segundo y se enfrió mi Elenita entre mis brazos. Yo quedé como muda como yerta, Tadzio habló con el hospital de Elena, era de ella, de su padre, de sus tíos, mandaron ambulancia, organizaron con flores que trajeron de Sicilia, con orquesta de niños africanos, con campanas importadas de Florencia, con faso hidropónico de Holanda, con perdices cazadas en sus bosques, una fiesta colosal de despedida. Ahí apareció Hans, un viejo novio de nuestra tan querida. Nos vio y se nos juntó y así seguimos. El velorio fue veloz con Elena metida en la heladera.

Yo no pude estar más que unos minutos: en la ambulancia venía el cirujano que le extrajo la cara a mi magnate, la guardó en una heladera de cerveza, me llevaron corriendo a cirugía. No recuerdo cuántos días me pasé conectada con sueros, anegada

de inmunodepresores: la cara de Elenita era un injerto y mis células no sabían del amor con que se habían rozado con las de ella.

Prendió la cara nueva, un año hinchada de llanto y de quirófano, un año sin sonrisas y sin muecas: estaba como muerta mi careta. Un año mirándome al espejo asombrada de ser y no ser ella, perpleja en la certeza de ser yo. Mandaba la comuna desde lejos. Un día viendo tele me dio risa un gag de Capusotto, el de Bombita y como magia la risa me curó: se destrabó la cara de Elenita y empecé a sonreír, tirar besos, guiñar ojos. Campeonatos de truco mi terapia. Gané, fui la mejor o me dejaron, no importa, dominé los nuevos rasgos aprendí a andar al sol con un sombrero, a ponerme pantalla grado cien y a evitar pasear afuera al mediodía. Me quedó eso y la afición desmesurada de mirarme en el espejo. Me miro, estamos juntas somos una me digo alucinando en el reflejo. Elena no está más y yo la extraño.

Me distraje con truco y Capusotto. Cuando pude mover la caripela volví al piso de arriba en la comuna. A los chicos les gustaba más el palacete de mil metros que teníamos en el puerto pero vieron que quería ser candidata y quisieron apoyarme en la patriada. Hablé ahí, en la provincia y la ONU del derecho individual a la vivienda, del derecho de tomar lo que es de uno, de lo raro de pensar la propiedad. El eslogan salió como patada: «Votá a Gabi que por vos se sacrifica». Me escucharon, me votaron, gané el puesto: goberné Buenos Aires un par de años. Hice casas, monoblocks y penthouses y hubo nuevos edificios para muchos. Pero entonces empezaron a llegarnos los pobres de todos los confines. Levantaba una villa y ubicaba a la gente en casas buenas y enseguida me brotaban como gremlins en el agua unas diez más. Me cansé, no había modo de albergar a todo el universo en un solo lugar. Renuncié, me alejé, me retiré: me vine al Tigre a vivir con mis muchachos.

Quedaron mis amigos comuneros en los puntos más altos del poder. Nos juntamos, cantamos, nos emborrachamos. Yo les doy de comer y ellos soportan que les lea lo que escribo.

EPÍLOGO

Ahora

Cuando alzo la vista lo que veo es el río. Me despierto temprano, no tanto como para ver los reflejos rosados del amanecer en el vasto horizonte marrón y celeste de mi piso vigésimo, pero lo suficiente para gozar de la mañana. La luz, como una planta: disfruto de la luz ahora, miro por la ventana todo lo que es en la luz. Están el río y está el cielo y las puntas de unos pocos edificios y los veleros y los árboles del Tigre finitos y de verdes diversos y desaparejos que me recuerdan la perplejidad que se siente en las islas, donde uno nota que el castellano tiene una sola palabra para decir tantos colores: es asombroso que podamos unir en esas dos pobres sílabas el brote tierno y claro de una hoja en agosto con los juncos oscuros, el follaje casi negro de un pino con el casi plateado de un sauce. Entonces mi ventana es un cuadro que enceguece desde los marcos blancos y el borde de la persiana con interior (exterior) iridiscente: marrón o negro con reflejos abajo, el celeste o gris o azul o negro o violeta o rosa con brillos arriba y la franjita verde. Es la luz misma, las nubes, la lluvia. Incluso la pantalla de la computadora. Supongo que dicho esto, dicho qué es lo que me hace feliz hoy, no hace falta que aclare que llevo una vida tranquila y que tengo un escritorio contra una ventana y que desde ahora, desde acá mismo, me relato mi vida porque creo que es un libro. Porque siempre quise escribir uno y ha de ser que soy una de esas personas que no pueden separar arte de vida y la vida me quedó así, medio barroca, retorcida como una torre de Borromini, confusa, agujereada, pegoteada, derretida diría, con los contornos difusos de todo lo que se derrite pero no termina de transformarse en otra cosa y no puede ser más que lo mismo en un derrumbe congelado antes de licuarse del todo.

Desde esa caída que no cae, desde esa suspensión escribo. Y escribo cosas como esta.

CODA

Notas sobre el sacrificio

Muerte que dan los mortales para alcanzar el favor de los seres celestiales: es lo que fue el sacrificio durante varios milenios. El favor podía ser viento; lo consiguió Agamenón para sus naves varadas a cambio de un holocausto, es decir que quemó entera a su propia hija mayor, que se llamaba Ifigenia, «¡Ah, padre! ¿Vas tú a matarme? ¡Así celebres idénticas bodas tú y todo el que tú ames!», y así fue que Agamenón conservó su posición de jefe de los ejércitos, y así se ganó una guerra, además de una traición, la propia muerte y al fin, el derecho del señor a matar a sus mujeres, contando a madres e hijas.

El favor puede también ser difícil de entender: eso podés deducir del sacrificio de Abel. Prefería el fuego de Dios lamer su ofrenda de ovejas a las plantas de Caín. Se enojó el vegetariano, pasó a degüello al hermano, y ahí fue que charló Jehová con su nieto agricultor que inició la tradición de familia y propiedad: «¿Qué has hecho? Clama a mí desde ahí abajo a puro grito la sangre de tu pobre hermano Abel. Maldito seas tú en la Tierra, que abrió su boca y tragó esa sangre de tu hermano que derramaste tan cruel». Marchó al exilio Caín. Para que no lo mataran, le puso Dios un tatuaje a la frente fraticida y dijo que al que asesinara al chacarero asesino le daría siete castigos. Se habrá llevado Caín el arado y sus semillas y tal vez haya sido ese el beneficio obtenido por la muerte del pastor: agricultura intensiva en medio del Medio Oriente que desde ahí llegaría, como Cristo, los caballos, el castellano, la espada, la sífilis, los obispos, el alfabeto, la plaza, la brújula, los sobornos y las monedas de plata hasta la pampa argentina. Claro que si sembrar entre la arena y las rocas costaba un hermano entero —era poca por entonces la población del planeta—, acá pagaron millones la famosa tierra negra donde se te cae puré y al toque brotan las papas que le dieron de comer a toda Europa del Este y terminaron gestando la potencia de Alemania que hoy ordena los ajustes de todo el mundo europeo y eso nos vuelve a los griegos, que tres milenios más tarde de que fuera el mismo Homero el que cantara en voz viva los últimos días de esa Troya que ahora es parte de mil *tours*, se tiran de los balcones porque no soportan más los dictámenes germánicos. Nos depararon las papas a Merkel y a Benedicto, antes a Nietzsche, a Beethoven y a los millones de muertos que produjo en pocos años la fábrica del nazismo. Y acá va otro favor raro y se empieza a complicar lo del placer celestial: ¿no fue el precio de Israel la muerte de seis millones? Habla una agencia judía de los mártires y héroes, de recordar a los otros y de no olvidar jamás. De eso, de no olvidar, trabaja media academia y murieron los escribas como Levi y Paul Celan. ¿Y no será esa memoria la que engendra ferocidad en las tropas del Tzahal? ¿Llama la herencia del mártir al martirio de los otros? ¿Y qué habrán tenido que ver esos pobres palestinos con los hornos del nazismo?

Lo que es propio del martirio es volver al mártir signo: será ejemplo, será bandera, será un gran punto a favor a la hora de sentarse a negociar con los otros siempre y cuando de este lado de la mesa estén los dueños de los muertos ejemplares: «*Los nuestros son los mejores muertos*»,^[2] y habrá que ver cuánto rinde el siniestro capital, es cuestión de argumentar y empujar para adelante. «¿Qué estaban haciendo ustedes mientras los nuestros morían? Esto que hacemos nosotros —imponer lo que queremos aunque sea a hambre y por ende a fuego y sangre— es solo defensa propia: que no nos pase a nosotros lo que les pasó a los nuestros».

Es bastante heterogénea la primera del plural, los nuestros no son nosotros y eso hay que tenerlo claro. No todo sacrificado genera una tradición, pero el martirio espontáneo siempre tiene un primer muerto, como primer empujón o como fuerza motora de un efecto dominó que según de qué se trate dura una generación o puede durar centenios, aunque pensándolo bien, lleva un buen par de milenios. ¿Será el más mesías de todos el gran rey de los vampiros?, ¿y serán sus elegidos, los mordidos de su amor, esos mártires cristianos de los primeros tres siglos? Y después, mucho después, ¿se habrá visto el Che Guevara en esa cara de Cristo? Y tal vez Norma Arrostito se vio en la del Comandante. Y los dos en la de Aquiles cuando se entrega a la ira que sabe será su muerte por la muerte del amigo. Y en el medio hubo millones, que no todo sacrificio depara la misma fama y además la fama viene con fecha de vencimiento: están llenas de ex famosos las hojas de ese ex *best seller* que se llama santoral. Y para lo que he de contar no es en nada relevante la vocación de martirio: no importa si el sacrificio fue asumido como propio, si te tiraste del bote para que siga flotando, o para honrar a los otros que se habían caído antes o te arrojaron al mar sin volver la vista atrás, que pocos quieren mirar cómo mueren los que matan. Acá no importa el deseo: hemos de considerar santos a todos los que muriendo nos reportaron ganancias. Hablo del niño pisado por un camión en la esquina que nos floreció en semáforo. Hablo de los doscientos mil quemados en un boliche que una vez bajo tierra y bien regados por llanto volviéronse matafuegos para medio Buenos Aires. Hablo de todos los santos que se hicieron talismán después de siglos de muertos sin que sepamos ni cómo, pero que igual vienen bien para pedirle al Señor porque lo tienen más cerca. Hablo de muchos, de tantos, de aquellos que puso Eliot en su ciudad irreal, abajo de la parda niebla de madrugada de invierno, de esa oscura multitud que cruza el Puente de Londres con rumbo a ninguna parte, hablo de tantos, de tantos, que él nunca hubiera creído que fueran tantos los muertos que la muerte se llevara. Hablo de ellos, nuestros muertos. Y te hablo a vos: «¿Aquel fiambre que plantaste en el otoño pasado en medio de tu jardín, está germinando ahora? ¿Pensás que te dará flores durante la primavera y frutas en el verano? Que debe morir el rey para que el rey siga vivo y hay que enterrar tanto muerto porque sin humus no hay tierra ni amor de terrateniente, tampoco brotes de soja, ni divisas en tesoro, ni trigo ni cucumelos, ni costillares ni bifés, ni los ombúes solitarios que nos hacen en la pampa nuestros oasis telúricos. Y abajo, bajo la sombra verde, ¿qué es esa negra sombra?,

una media muerta, con medio cuerpo ascendido hasta el reino celestial igual que suben los humos de cualquier asado criollo pero este rindió un poco más que una digestión pesada. Yo que fui la Negra Sombra, ahora soy la Negra Rubia. Y no será para siempre, que dicen la muerte dijo: *“Señores honrados, la Santa Escritura muestra y dice que todo hombre nacido degustará la muerte aunque sea dura y seca, ya que es la muerte, y no el pan, el único bocado seguro para todos los nacidos”*. Pero antes de que la parca se me acerque a cosecharme con su gran hoz implacable, yo he de seguir hablando. El orden de los factores de cualquier memento mori termina por definir si es carpe diem o martirio, si es batalla o retirada, si es *fuck you* o si es sí jefe; saber que se ha de morir puede ser un buen motivo para andar de orgía en orgía o para entregar la vida en pos de algo superior; la Revolución, Dios, la Patria o no poder transar más, hablo de los que se matan o que se dejan matar y de los que no se dejan pero los matan igual, que no en todo sacrificio está de acuerdo el cordero, por nombrar un animal con tradición de holocausto, de bondad inmaculada y de asado en la Patagonia. Pero el cordero pascual, el bicho del sacrificio, el de la metáfora usada hasta casi no decir, seguramente dirá que preferiría no hacerlo pero que es inevitable. Y eso de superior no quiere decir que es mejor morir sufriendo martirio que reventar de buen vino: morir es reviente igual como le contestó Adorno, unas décadas después, al buen Rilke que decía que es mejor morir en casa. Mejor sería no morir y ahí la contradicción: morir por la religión, por la patria o por la causa que sea es como ser inmortal para los que creen en eso porque para los demás está claro que los miles y miles de millones que reventaron primero ya no son nada de nada, ni un nombre en un cementerio ni una línea en ningún libro ni una ficha en los archivos de nuestra modernidad. El que se muere no es nada pasados algunos años y eso si creemos que ser es seguir siendo recordado como Homero y como Platón, como Marilyn y Elvis, como Arlt y San Martín. Se los recuerda igual que se recuerda a Odiseo, Moby Dick, Superman, tienen la misma entidad y la verdad es que es lo mismo si fueron personas vivas o personajes potentes. De todos modos, acá quería hablar de martirio. El mártir es el testigo según la etimología, que no garantiza nada pero dice lo que dice y dice que el mártir es quien vio todo hasta el final, pero en el final no hay nada apenas la propia muerte y de eso no hay testimonios, el mártir no puede hablar más que con sus pobres restos, a lo sumo algo dirá cuando le hagan una autopsia o, si es mucho después, vía carbono 14. Saber que se ha de morir, sentir ese sinsentido, a mí me empezó a pasar recién después de las llamas: cuando había sobrevivido. La que murió fue mi Elena, eso ya se los conté.

Agradecimientos

A María Moreno, por su generosidad y porque es mi genio favorito.

A Natalia Brizuela, por su lectura y por los *redwoods*.

A Alejandra Zina, Julián López y Selva Almada, por escucharme y por escucharlos.

A Leonora Djament, por su confianza.

A Francine Masiello, por sus comentarios.

A Silvana Lacarra, por todo.



GABRIELA CABEZÓN CÁMARA. Nació en 1968 en Buenos Aires. Publicó *La Virgen Cabeza* (2009) y *Le viste la cara a Dios* (2011), texto que sirvió de punto de partida para su primera novela gráfica, *Beya*. *Le viste la cara a Dios*, en coautoría con Iñaki Echeverría y publicado por Eterna Cadencia en 2013. *Beya* recibió la distinción Alfredo Palacios del Senado de la Nación en reconocimiento a su aporte a la lucha contra la trata de personas y fue declarada de interés social por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Actualmente, trabaja como editora en la sección Cultura del diario *Clarín*.

Notas

[1] La idea la tomé del colega Hugo Salas, de su cuento «¿Qué quiero ser cuando sea grande?», que forma parte del libro *Nadie es tan moderno*, aún inédito. <<

[2] De charlar con y leer a Julián López (*Una muchacha muy bella*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013), incorporé esta frase a este libro y a mi cerebro. <<

Gabriela Cabezón Cámara
ROMANCE DE LA NEGRA RUBIA



